Pasad, hijos míos, á recibir la bendición del Señor...

La maravilla de la Conversión

I

En el sombrío paraje los altos pinos forman severa bóveda apenas atravesada por el sol, cuyos rayos hieren oblicuamente negro y enorme monolito. En torno gime el bosque soberbio, estremecido por las frías ráfagas de la Sierra.

Calma solemne, canto de aves, hojas que ruedan, reptiles que se arrastran, insectos y mariposas blancas que suben volando en los rayos de sol: la primavera de la montaña y de la selva.

Y de pronto brota un inmenso alarido humano y salvaje; estalla luego bárbaro coro de gritos, al compás estruendoso de extraña música guerrera.

Son las tribus prófugas de la Sierra Occidental convocadas por el saceedote-caudillo Matlzan en torno de la piedra de los sacrificios.

Y ved cómo por entre los troncos de los árboles, por entre las rocas, apartando la maleza, bajo el alto follaje de los pinos, aparecen grupos de indios semidesnudos, flacos, de largas cabelleras lacias, de miradas feroces, cantando, aullando casi... La muchedumbre compacta rodea la gran roca tallada toscamente... Un hombre vestido con una espantosa túnica obscura, sucia, manchada de sangre, el horrible sacerdote de Huitzilopochtli,—no el solemnemente cruel, bárbaramente litúrgico de los antiguos templos de Mextli,—sino el sacerdote vagabundo que huye al frente de las tribus rebeldes, abominando de la civilización de los extranjeros blancos, convirtiendo cualquier rincón de los montes en templo, inmolando sobre cualquiera roca la víctima propicia á la sed de sangre de su Dios.

Allí, en el delicioso paraje, en plena gloria de la naturaleza primaveral, en el augusto bosque susurrante, bajo el follaje acribillado de sol, el sacrificio espantoso se consuma.

Un hombre, un hermano de aquellos que en el valle adoraba la religión del blanco, capturado la víspera, fué tendido sobre la negra roca. El sacerdote le abrió el pecho con el sagrado cuchillo de ixtli y arrancándole el corazón rápidamente, levantando los brazos lo ofreció al cielo, al cielo que á través del alto ramaje irradiaba luminoso y expléndidamente azul... La sangre corrió por el cuerpo tembloroso de la víctima, tiñó la piedra y en un hilo escarlata empapó el césped cuya seda verde pálida, enrojeció vivamente.

Hubo un solo grito de espantosa alegria, formidable alarido que estremeció los gigantescos árboles centenarios de la selva... Y el final de la escena fué más horroroso aún: aquella muchedumbre se agitó epilépticamente en una danza feroz, saltando, agitando los brazos, revolviendo los

ojos con gestos macabros, aullando al son de caracoles y pitos, al eco de cajas de madera en un desenfreno loco, en un estruendo infernal.

Y del cuerpo ensangrentado del infeliz indio cristiano no quedó ni un solo hueso... todo fué devorado en una hora por aquella legión demente.

II

La tarde cayó melancólicamente sobre los bosques donde se dispersaron las tribus: los individuos que éstas formaban, á su vez diseminároнse en las desiertas espesuras en busca de caza, vagando como bestias fieras, y cuando la tristeza del crepúsculo fué colgando de los viejos árboles sus velos negros, y fueron más frías las ráfagas del Norte, dos errantes indios entraron en los huecos de las rocas y en las grutas de las que habían arrojado á los lobos, y se tendieron para dormir un sueño animal y profundo.

Las tinieblas cayeron pesadamente y entre el negro follaje cintilaron las estrellas como temblorosos frutos de luz en arboledas de sombra.

Y he aquí que los hombres que yacían bajo el yugo del sueño, oyeron de súbito ruidos extraños y miraron extrañas luces que hasta ellos llegaban fantásticamente de las profundidades del bosque.

Y aterrados escucharon estas palabras en lengua mexicana, de un timbre dulce y argentino:

—«Valientes hijos de las razas triunfadoras que dominaron en Atzcapotzalco, Texcoco, Tenochtitlán y Tlaltelolco, el gran Tloque Nahuaque quiere nuevos templos.., llegan sus enviados á revelar su voluntad á vuestro sacerdote Matlzán... cerrad los ojos, porque si veis la luz de la Altura, cegarán vuestros ojos deslumbrados, y por siempre moraréis en el antro de la eternas tinieblas.»

Todos al escuchar estas voces cerraban los párpados, y estremecidos de pavor, esperaban que los enviados celestes pasaran á su lado...

III

¿Qué tribus salvajes y errantes eran aquellas que así poblaban los espesos montes, viviendo bárbaramente después de la Conquista de México, cuando ya todas las antiguas ciudades del Anáhuac se habían entregado al rey de España, abrazando la religión cristiana?...

Eran los restos, antes heróicos de la Gran Tenochtitlán y de las ciudades fieles á sus antiguos emperadores; eran los que primero fueran las legiones y familias nobles, las que tras de la destrucción necesariamente fatal, no quisieron aceptar la paz ni abandonar sus dioses; los que pudieron escapar audazmente embarcándose en las últimas canoas, huyendo rumbo á los desiertos de las montañas, creyendo ser los depositarios de la misión de los dioses; eran los tenaces, los indomables que fueron arrastrando en su fuga heróica y bárbara á un tiempo, á los jefes más enérgicos de las tribus que encontraban, remontándose más y más hacia el Poniente, defendiéndose con brío de las persecuciones de los nuevos señores de la tierra y de los sacerdotes que en vano procuraban atraerlos con la dulzura y la paz soberana de sus palabras amorosas y persuasivas,

Pero la desgracia, la persecución, el hambre, los recuerdos gloriosos de sus épocas de dominio, la voz irritada de los caudillos, clamando venganza ó muerte, y el rigor de los climas nuevos batieron á los fugitivos... y hundidos en el estupor de su derrota, miserables y hambrientos, fueron degenerando lentamente en la soledad de las sierras, tornándose feroces, salvajes, brutales, adquiriendo costumbres y ademanes de fieras bravas: degeneraron.

Sólo alegrábales el espectáculo de los sangrientos sacrificios humanos sobre el negro monolito tallado toscamente en aquel claro de la arboleda, del que habían hecho el teocalli de su Huizlopoctli.

IV

A la mañana siguiente de la noche en que las tribus escucharon las misterosas palabras que resonaron fantástimente en las tinieblas, volvió á reunirse la misma multitud en torno de la Sagrada Piedra. El sacerdote caudillo esperó, sombrío, que todos llegasen, y cuando ninguno faltó, levantando al cielo los brazos con ademán hierático y lento, clamó solemnemente, con voz retumbante:—Los dioses de la raza nuestra van á suspender el castigo tremendo con que, por medio de los hijos del Oriente, nos azotan; no habíamos los sacerdotes, podido interpretar su voluntad; pero ella se manifestará plenamente por un prodigio... Aquí mismo, sirviendo de base esta piedra, surgirá dentro de diez días milagrosamente su templo... Anoche el mismo venerable Quetzalcohuatl vino á mi gruta y me manifestó los designios del Hacedor del Mundo!... Aquí mismo conoceréis la grandeza y os humillaréis en su templo!... Mas, oíd, preciso es que volváis á este sacro paraje con las ofrendas que exige nuestro dios; id más al Norte aún, apartaos de estas cercanías, pues no debéis hollarlas hasta después de diez días de trabajos y meditaciones. Al levantarse sobre estos árboles el décimo sol, al escuchar un són extraño y vibrante compareceréis, y admiraréis la maravilla más grande... ¡Es la voluntad y la orden que he recibido de nuestros dioses!... ¡Partid todos!

Alzóse sordo rumor de admiración, vibraron palabras de esperanza, bendijeron todos al Supremo Tloque Nahuaque, Señor de la Tierra, y llenos de fé, lanzáronse por entre las enmarañadas vertientes del monte, acatando la orden del venerable sacerdote, quien quedó al fin, solitario frente á la negra y ensangrentada roca de los sacrificios...

V

Diez soles han dorado las copas de aquellos árboles... Y cuando el décimo lanzó su primer rayo sangriento, azotó el ambiente purísimo de la montaña un toque vibrante, impregnando la atmósfera de intensas sonoridades... un momento después resonó otra purísima vibración que se extendió hasta las más bajas profundidades de los valles, suspendiendo todo el concierto alegre de los pájaros, que levantaron el vuelo estremecidos de júbilo...

Entónces los indios ascendieeon hasta llegar al paraje designado... y ¡cuál sería su pasmo, cuán inaudita su sorpresa, al contemplar la maravilla de un edificio extraño y hermoso, blanco, cuyos pisos eran graciosamente curvos y cuyo pórtico remataba en una cruz... Nubes de incienso flotaban en torno... y del interior surgió una música majestuosa y la voz dulcísima que escucharon una noche, entonó un himno delicioso y encantador... Un anciano de rostro blanco, de túnica rara para ellos, díjoles en lengua nahuatl:

—¡Dios, nuestro Dios, que es el de todos los hombres, lo quiere! ¿Negaréis su poder y su voluntad con este milagro?

¡Pasad, hijos míos, á recibir la bendición del Señor!

Aterrada la multitud, subyugada por semejante milagro, entró á la capilla cristiana que en tan poco tiempo había surgido sobre la piedra de Huitzilopochtli... y donde fueron bautizados más tarde, sometiéndose por la cruz ya que no lo fueron por la espada.

VI

¿Cómo se verificó la estupenda maravilla? ¿Quién hizo semejante prodigio?

Una mujer con su poderosa voluntad y su firme deseo de salvar á los indios que huían por las montañas: Doña María de Sandoval.

Ella fué la que amada por los indios del Valle que proyectaban sublevarse y á los que hizo desistir prediciéndoles el fin de sus desdichas con la llegada á México de la segunda Audiencia, recibió noticias de los que habitaban las sierras... Tuvo la inspiración de atraerlos con una maravilla milagrosa; hízose transportar con magníficos guías á ellas, y allí, participando de su condición, fingiéndose una de tantas errantes prófugas la ex-princesa de Texcoco escogió el terreno y combinó su plan.

Una noche, atravesando precipicios, trepando por las fragosidades á la luz de la antorchas de indios del Valle, pudo llegar pronunciando aquellas misteriosas palabras, hasta la gruta del sacerdote.

Allí, vestida con blanca túnica flotante, le reprochó su ambición que hacía la ruina de la tribu, él fascinado, juró obedecerla. Convinieron el alejamiento de los nómadas; mientras éstos se apartaron,—leguas enteras internándose en las montañas del Norte,—veinte mil tlaxcaltecas levantaron en diez días la capilla que obró el prodigio y por lo que se llamo de la «Conversión.»

Los buenos y nobles oidores de la segunda Audiencia, á la que tantos bienes debió la Nueva España, dulcificaron la suerte de aquellos antes salvajes, dándoles tierras feraces donde hubieron de vivir tranquilos al amparo y sombra de la Cruz, símbolo de redención...

¡Ellos pudieron decir á sus hijos: Cedimos á la cruz, no á la espada.

Y se veía á sí mismo extrangulando á su esposa...

El ermitaño errante

I

Padre, yo no puedo morir tranquila mirando cómo se asesina á un pueblo, atormentándolo horrorósamente, haciéndolo pasar por todas las humillaciones, convirtiendo en esclavos á sus reyes, violando las princesas, robando los tesoros y las tierras de sus antepasados con el

pretexto de llevar la fe cristiana á la región infiel... Padre, yo he jurado á un noble príncipe azteca hacer que el conquistador hispano sea benigno para los hijos de la raza vencida!... Padre, yo sé que vuestra raza de santo se extiende por todo el mundo, que vuestro poder sobre las almas perversas y obstinadas en el mal es inmenso... Yo quiero que obréis sobre el espíritu de un grande hombre dominado por la ambición y el orgullo, hoy, ébrio de gloria, admirado en la corte, tanto como el Emperador... un hombre capaz de los crímenes más horribles tanto como de los mayores heroismos y sacrificios... ¡Os hablo de don Hernán Cortés!...

Abrumada de fatiga calló la monja... Sus ojos brillantes por la fiebre fulguraban en la penumbra amarilla de la celda. A la cabecera del lecho el flaco ermitaño escuchaba mudo, con la cabeza sobre el pecho.

II

Hubo un silencio profundo: ni el rumor de un paso en los claustros, ni el graznido de un ave nocturna, ni la queja del viento.

La monja se incorporó sobre el duro lecho, y extendiendo hacia el eremita las flacas manos, prosiguió con palabras vibrantes como sollozos.

—¡Ese hombre es maravilloso; con su espada, su inteligencia, su valor y su energía ha conquistado para el Rey nuestro señor todo un mundo... ¡pero ya no más crímenes en ese mundo!

El puede hacer que cesen las crueldades para con la raza que conquistó... él no tiene necesidad de más crímenes para asegurar al trono de Cárlos V, el mundo de los mexica... Yo he humillado al soberbio conquistador delante de mi rey por vengar la ignominiosa muerte del Rey de los

aztecas... ¡perdón, padre! También para él pido perdón, pero que sea piadoso... Oid, padre; se encuentra todavía en la corte, brindando en una apoteosis de semidiós pagano; perdonad mis mundanas frases... ¿Sabéis de qué manera dominaréis su alma, tornándola generosa?... ¡Recordadle sus dos crímenes más grandes, los que pesan más sobre su conciencia—porque es bueno y noble en el fondo—recordádselos de una manera que no los olvide nunca! Decídle: —¡No habrá perdón para tí, y te perseguirán las sombras de tus víctimas, si no tornas en bien el mal que has hecho!

—¿Y qué crímenes son estos?—preguntó el anciano con voz lenta y dulce.

—La ambición, la sed de grandeza después de tomada la capital del imperio azteca lo embriagó: vivia en un palacio de la bellísima ciudad de Coyoacán al lado de su esposa Catalina que acababa de llegar de la Habana... él tenía otras mujeres, entre ellas una india que fué su intérprete, Malintzin, inteligente y hermosa; además, soñaba con casarse con la sobrina del Arzobispo de Burgos para ser el rey de todas las Indias... Pues bien, una noche, después de haber cenado alegremen.e rodeado de toda su corte, retiráronse á sus habitaciones...

A media noche oyéronse en el palacio los gritos de Cortés; acudieron criados, guardias y damas, encontrando muerta en su lecho á la esposa del capitán, y á éste sombrío dando muestra más de terror, que de pena... ¡La había extrangulado en su lecho!... En el cuello de la infeliz vimos rotas las zoguillas de perlas, que eran gotas de luz sobre las manchas rojas que se salpicaban la piel estrujada de Catalina Xuárez! Al día siguiente con toda precipitación fué enterrado su cadáver... ¡Oh Dios mío!

El anciano ermitaño cayó de rodillas, y mentalmente oró por el alma de la víctima

III

La monja continuó: Más tarde, habiéndose sublevado en una región lejana su amigo Cristóbal de Olid, organizó una expedición para ir á someterlo. Llevó en su compañía al vencido rey Cuauhtémoc—al pronunciar este nombre un sollozo profundo, desgarrador, cortó la frase, y lágrimas brotaron de los ojos de la moribunda... y á otros reyes y príncipes muy nobles y muy dignos, á quienes había dado su palabra de caballero de tratarlos según lo merecían sus estirpes regias... Ya á Cuauhtémoc, sollozó la infeliz, le había calcinado pies y manos... pero no lo culpo tanto, sino á Alderete el codicioso oficial real. Marcharon, pero en el camino, en un impulso criminal, admirado de la grandeza con que á todos se imponía el que fué emperador de Anáhuac, con el pretexto de una sublevación lo mandó ahorcar en un paraje triste que se llama Izancanac... Noblemente le dijo el príncipe:

—¿Por qué me matas?... ¿Por qué esa injusticia? ¿Te maté yo cuando entráste á mi ciudad? ¡Dios te lo demande!

¡Aquella horrible noche su cadáver pendía de un árbol, oscilando al viento que gemía su oración fúnebre por aquel desdichado rey!

—¡Oh, mi amado padre!—suspiró de nuevo la monja,—comprended que si la superiora del convento os ha mandado traer de vuestras sierras, es porque yo le dije que de vos dependía la vida de un pueblo y el cumplimiento de mi voto sagrado!

Levantóse el anacoreta, en cuya ámplia frente pulida y amarfilada resplandecía el saber, y en cuyos ojos hundidos y misteriosos centelleaban rayos mágicos y turbadores...

—¡Bendita seas tú, criatura, á la que el Señor diera la santa misión de aliviar la suerte de un pueblo! yo haré estremecer y cambiar el alma de ese hombre!

Una hora más tarde, turbó el hondo silencio del monasterio el crugir de sus puertas, de donde salía el ermitaño dejando en paz el espíritu de la monja, que muy pronto debiera abandonar el mundo.

IV

Fué un gran acontecimiento en la corte de Carlos V, la llegada de Hernán Cortés de la fabulosa Nueva España. Traía un séquito y una comitiva triunfales; se sabía que desde su arribo al puerto de Palos la admiración pública le formaba arcos soberbios, y no sabiendo dónde alojar tan numerosa corte como la que traía, posó en el ya célebre convento de la Rábida, donde se encontró con el que había de conquistar el Perú, Francisco Pizarro.

Después, en su viaje á Toledo, al pasar por los estados del Duque de Medina Sidonia, se le hizo tan fastuoso recibimiento y tan soberbios agasajos, que apenas príncipe alguno hubiera merecido.

Ya en la corte, fué recibido por el Emperador con pompa sin igual, causando envidia á los más grandes señores de España.

Sólo se supo que una gentil dama lo había acusado de nefando crímen, antes de retirarse á un convento.

Tal suceso le arrebató por unos días el favor imperial hasta que las veleidades del monarca lo volvieron á la antigua gloria de que disfrutara el conquistador de un imperio.

El papa Adriano le envió sus bendiciones, legitimó todos los hijos que el capitán había tenido de diversas mujeres, y le otorgó los diezmos y primicias de todos los pueblos de que Carlos V le había hecho señor.

¿Qué más gloria, qué más ambición podía apetecer un hombre?

¡Sólo con el gran César de Austria, de Italia, Países Bajos, España y las Indias, podía comparársele!

V

¿Quién por aquel entonces ignoraba la historia del Ermitaño Errante, aquel misterioso monje que hacía el milagro de penetrar con sus ojos profundos y magnéticos hasta el fondo de las conciencias criminales?

Por doquiera se comentaban sus estupendas obras, sus magníficas cénversiones de almas malas en buenas, por medio de la evocación que les hacía estando ellos en sueños, de sus crímenes, violencias y falsedades.

¡Teníase por santo al misterioso varón que erraba por los campos, descalzo, cubriendo sólo su cuerpo con burda y negra túnica, alimentándose con lo que buenamente se le daba, sin pedir nunca, y repartiendo á los menesterosos de los caminos lo que en sus alforjas guardaba!

Nada se sabía de su nombre, ni de su historia. Consejas de gente ignorante aseguraban que era un príncipe desgraciado en amores: otras anécdotas referían que había sido un hijo parricida que expiaba su formidable crímen, haciendo el bien de ermita en ermita, desde las desconocidas regiones frías del Norte del Asia hasta las fértiles praderas de la Andalucía.

Pero lo que sí aparecía innegable y evidentísimo, era su poder visual sobre el espíritu humano y su imperio sobre las almas.

Tal fué el anciano á quien la monja, en un tiempo Mencia, ahijada de Hernán Cortés, llamara á la celda de su convento.

VI

¡Sorpresa y pasmo tuvo la corte al saber que el mismo Emperador iría personalmente á visitar en su alojamiento al conquistador de la Nueva España, que se hallaba postrado por grave y azás rara dolencia.

Nadie lo creyó hasta haberlo presenciado... Y una nube preñada de envidias y cóleras ruines se levantó, amenazando el porvenir del antiguo aventurero.

VII

—¿Quién sois, buen viejo?—y don Hernán se incorporó fatigosamente sobre su lecho suntuoso.

—Bravo, conquistador, audaz capitán, soy el Ermitaño Errante que se ha convertido en el eco de tu conciencia.

—¡Eh!... dejadme en paz, que os dén diez ducados de limosna... y partid!

—¡Oh, no! don Hernando: vengo á hablaros de vuestra esposa doña Catalina y del príncipe Cuauhtémoc... ¿os acordáis?... ¡Qué puños los vuestros, capitán!

Cortés se incorporó lívido, espantoso; quiso hablar, pero al ver las centellas de la mirada del ermitaño, magnéticas, fosforescentes, sintió un frío tan intenso, que creyó morir y no pudo articular ni una sílaba.

El terrible visitante dejó caer la mano huesuda y congelada sobre la frente del héroe, oprimiéndole las sienes, cerróle los párpados y díjole enérgicamente:

—¡Duerme y ten la visión de tus crímenes y al despertar recuérdala, recuérdala todas las noches!...

No bien hubo pronunciado la última palabra, cuando la cabeza del conquistador cayó sobre la almohada. De su pecho brotó un estertor; su rostro se descompuso aún más, y momentos después prorrumpió gritando bajo la obsesión de la pesadilla sugestionada:

—¡Perdón, perdón!

. . . . . .

¡El infeliz veía sus dos crímenes! Ya se veía á sí mismo estrangulando á su esposa, y contemplaba al propio tiempo el cadáver de Cuauthémoc oscilando bajo el fatídico árbol de Izancanac...

—¡Misericordia, perdón!—exclamaba retorciéndose en el lecho.

VIII

—¡Anciano, líbrame de la pesadilla y haré que seas arzobispo de la Nueva España!

—¡Insensato!... Oye; jamás se apartarán tus crímenes de tu mente, si no cumples el precepto de bondad y amor del mártir del Calvario. Tú puedes hacer el bien con los vencidos; ampara á la raza indígena, defiéndela contra sus nuevos tiranos; ámala, protege á sus descendientes... ¡Tú capaz del crimen por la gloria, sé capaz del sacrificio para borrar el crimen! ¡No más tiranía!

—¡Oh padre! yo amo á esa raza; yo seré su protector, yo haré porque lo que hizo mi espada sea en bien de la religión, en bien de esa mi nueva patria... Iré á conquisrar sin crímenes y sin ambición las islas del mar del Sur... ¡Perdón! ¡Quitadme la pesadilla!

El ermitaño pasó sus manos sobre la frente del que á su montaña iba á pagarle la visita y díjole:

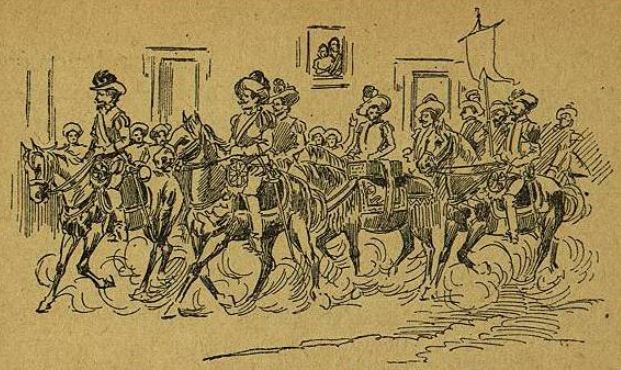
—¡Bendito sea el Altísimo y él te quite la negra visión por tus obras!

IX

Hernán Cortés partió para la Nueva España donde la más espantosa tiranía se enseñoreaba trágicamente, y desde entonces su amor por la raza vencida le hizo amar de los infelices descendientes de aquella, defendiendo su causa en luchas tremendas, generoso y noble.

X

Y éste es el extracto de un viejo infolio hallado en el rincón de un cuartel que antes fuera convento.



El cortejo llegó ante el Palacio de Cortés

Albor de Aurora

—

I

La bella doña María de Sandoval medita, sentada ante el jardin de su solitaria casa de Texcoco, bajo los arcos de amplia galería. Cae la tarde,—una tarde fría y triste del mes de Enero—y un silencio melancólico invade con las primeras sombras el ambiente.

Rara hermosura es la de la meditabunda jóven, belleza concentrada tan solo en sus ojos negros y profundos y en su boca pequeña de curva artística y severa, bajo pómulos salientes que dan á su rostro bronceado un aire de suprema energía.

Doña María de Sandoval,—antes princesa de la casa real de Texcoco, convertida á los diez años de edad á la religión cristiana, siendo su padrino Gonzalo de Sandoval, —viste ya á la usanza española y lleva con distinción y noble ademán el traje de las damas de la corte del Marqués del Valle, Capitán General de la Nueva España.